

## ¿Se aprende a Escribir?

Existe una cierta reluctancia, probablemente fruto de malentendidos en los que no se diferencia entre escribir cualquier cosa (Cartas, redacciones publicitarias, informes, etc) y componer un texto literario. El mecanismo de pensamiento pasa del “Soy mayor, con estudios, y sé escribir: Tengo buenos hallazgos y esta frase es redonda.” a “No pueden enseñarme lo que ya sé”. Sin embargo, saber escribir literariamente, entendiendo ésto por saber crear una metáfora que además incida en el sentimiento del lector, o construir una intriga sin resquicios, o jugar con todas las posibilidades del lenguaje y sus técnicas para influir en las variables del lector: entretenimiento, emociones, reflexión, etc... Esto es otra cosa.

Hablo de escribir para los demás, para los lectores. El escritor que escribe para él, si es coherente consigo mismo, no muestra el fruto de su pluma. Escribimos para los demás, para enseñarles lo que nosotros supimos un día, para entretenerles y hacerles pasar un rato inolvidable, para aportarles belleza, pasión o perturbación a través de nuestras palabras. Y podemos hacerlo bien si tenemos la vocación y el tiempo necesario para dedicarlo a una labor que nos enriquecerá siempre como seres humanos: La labor de Escribir.

A pintar o dibujar se aprende en academias, con profesores, como a hacer música. Todas son artes, y como Artes, tienen también sus propias técnicas. Arte de artífice, arte de hacer. Arte de Oficio.

La importancia de las tertulias, de los foros públicos o privados entre escritores o aficionados a escribir, con mayor o menor participación, está clara. Se aprende de otros, y además se inspira y se motiva con los trabajos o los comentarios – cuando los hay -, de los otros. Sin embargo son raros los escritores españoles – llamémosles “profesionales” -, que se brindan a participar en este tipo de experimentos. En cierta ocasión una buena amiga me dijo: “Si quieres publicar, vigila a la competencia, lee a los escritores que escriben en castellano”. Y como competencia se ven muchos de ellos. Puesto en contacto con algunos de estos escritores (La magia del correo electrónico), por temas de edición y sollicitación de artículos, resulta que sólo los “grandes” - y grandes son en humanidad -, acceden a hablar con un desconocido. Conclusión: Es más fácil que un gran escritor sin preocupaciones de si vende o no, de si se lee o no, de si gana premios o no, acceda a hablar con cualquiera y ayudarlo, que uno que se mantiene en la librerías a base de la promoción editorial, de salir en TV. y de las columnas de los diarios.

En general, cuando hacía esta pregunta a algún escritor con libros ya en la calle: ¿Cómo aprendiste a escribir? La respuesta siempre era: “Por mi cuenta”.

En Estados Unidos y Latinoamérica el panorama es otro. Desde Raymond Carver a Stephen King, Orson Scott Card, José Donoso, García Marquez, Bradbury, Cristina Peri Rossi. Todos ellos han ayudado a otros a través de talleres creativos y literarios. Aquí no acaban de funcionar este tipo de talleres y no es raro que los que funcionan sean llevados precisamente por gentes hermanas de Latinoamérica.

¿Una cuestión de carácter nacional? Lo ignoro. Los talleres existen, como los foros. Unos son de pago, otros gratuitos, pero todos ayudan si sus integrantes quieren. Aun recuerdo una tertulia literaria a la que acudía puntualmente, conformada además por gentes normales y corrientes, obreros - como lo era yo entonces -, en su mayoría y que vivió como una celebración la adquisición de un nuevo miembro, catedrático de literatura de la nueva Universidad Pública de la ciudad. Nos movían las ganas de aprender.

En casi dos años de labor editorial y de continuo aprendizaje, individual y en grupo a través de diferentes cursos, entrevistas con otros escritores y conferencias, he visto contadas ocasiones en las que, en argot editorial, un escritor “lograba la Obra” ya fuera ésta un relato corto o una novela. Hallazgos sí. Tramas interesantes sí. Personajes inolvidables sí. Pero un conjunto sólido con largos cimientos que fueran precisamente a base de eso y que sustentaran todo ello sin tambalearse en algún punto, difícilmente. Y ya es de por sí difícil verlo en las librerías.

Pero no hablamos de perfección. Nadie es perfecto. Aunque la perfección haya que perseguirla, como la Utopía de la que habla Galeano: perseguirlas para aprender así a caminar y dejar que las dos tiren de nosotros .

Y aquí está el escritor. El escritor novel (Entiéndase como no-publicado) que realiza su labor morosamente, durante años a veces, corrigiendo una y otra vez sin nadie que le haya enseñado a hacerlo, para al final presentarla – a veces con el pudor y la timidez dolorosamente vencidos en noches sin sueño -, y verla así rechazada en las editoriales con apenas dos frases claras y muchas de aliento. Una mala elección de editorial (Por excesivamente comercial, o de gran grupo) a veces da al traste para siempre con algún sueño. Explico porqué:

Habla Muchnik, uno de mis modelos, del rechazo editorial: Franqueza, pero con gracia. Señalar las faltas. Y no hacerlo como los chinos de este ejemplo:

“Hemos leído su manuscrito con infinita delectación. Si lo publicásemos, nos sería imposible publicar obras de calidad inferior. Creemos poco probable que en los próximos mil años nos llegue algo comparable a su excelsa obra y por ello nos vemos obligados a devolvérsela y rogarle clemencia para con nuestra miopía y timidez”

Tampoco es esto, que diría Ortega. Sin embargo recuerdo una carta de rechazo de un autor al que ayudé a reformar una buena novela que espero vea la luz en una editorial importante (Yo no puedo costear su edición este año). La carta de esa casa editorial española, - en principio prestigiosa y de la que omitiré el nombre -, facilitada en fotocopia por el escritor del que hablo y presente en una de las estanterías de mi casa, dice y decía:

“Le rogamos que no vuelva a enviarnos nada parecido a **Ésto que usted llama Novela**. Es más, le rogamos que no nos envíe nada.”

Bien. Si tratan así a los autores que rechazan, me pregunto que harán con los que aceptan. Si me la envían a mí, no dejaría de escribir, pero pensaría seriamente en esta editorial hasta los últimos días de mi vida.

Hasta hace relativamente poco tiempo yo enviaba, junto a la aceptación o rechazo de una obra, varias páginas informando a los autores de los porqués. En ocasiones, raras, estos informes editoriales daban lugar a alguna buena discusión de intercambio de pareceres y argumentos y a un mutuo aprendizaje que siempre he considerado muy importante: El aprendizaje del editor sobre la obra entregada y el propio autor, y el del autor sobre sus fallos o deficiencias.

He tenido que dejar de hacerlo – salvo a petición expresa del autor y siendo el informe remunerado –, por dos razones y las dos dolorosas. La primera por el escaso tiempo disponible y la proliferación de llegadas de originales a esta casa. La segunda por que había muchas obras aceptadas, con su correspondiente informe, de las que nunca más supimos. Tiempo después, alguno de esos escritores publicaron en otras editoriales, en papel. Y al menos en un caso, tengo constancia de que fue gracias a uno de nuestros informes. Lo digo sonriendo.

Y es que los informes editoriales, a pesar de ser una de las mejores herramientas de corrección, siempre son de consumo interno, del lector editorial al editor o al consejo editorial; y cuando son privados, cuando el escritor los contrata aparte antes de enviar su obra a las editoriales, son caros. Véase por ejemplo [www.proscritos.com](http://www.proscritos.com).

Volvemos a hablar de sentimientos entonces. El sentimiento del rechazo. En esta cultura que vivimos, probablemente equivocada, equiparamos rechazo a lo que hacemos a rechazo de nuestra persona. No entraré en disquisiciones psicológicas, pero es claro que es un error. Lo que hacemos puede corregirse. Y podemos aprender a hacerlo mejor.

Una de las tareas más gratificantes de ser editor es ayudar a otros a realizar su propia obra y a verla finalmente impresa, negro sobre blanco. Por eso creamos el servicio del Taller Literario, el de Obra en Curso, y por último, la revista en papel ESCRITORES, además de seguir publicando digital y físicamente. Para ayudar a otros, para que nunca se tire nada de lo escrito y también, justo es decirlo, para financiar parte de nuestro trabajo de editores.

Una conversación con otros escritores sobre el trabajo de escribir, un curso presencial o a distancia sobre una técnica concreta (Diferentes narradores, construcción del personaje, etc.) pueden ayudarnos más que mil palabras de aliento u otras mil de rechazo.

J.M.L. Editorial Premura

Publicidad



Nuestro Taller Literario está abierto a todo el que desee ampliar sus conocimientos y sus recursos al escribir. Visita los diferentes módulos y cursos y selecciona el que más se ajuste a tus necesidades. Te estaremos esperando. <http://www.premura.com/taller.htm>